Londres.
Días de 1983-1984

Londres. Días de 1983-1984
Jesús Martín Rodríguez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cabeza del Rey don Pedro, nº9, Bajo
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418221200

Maquetación, diseño y producción
© 2020 Jesús Martín Rodríguez y JuanMa Vizcaya
© 2020 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Londres.
Días de 1983-1984

Jesús Martín Rodríguez

Para Carmen de la Torre, porque sabe de lo que hablo al decir amistad y amigo.

Para Carmen Rodríguez-Medel, por su ánimo, impulso y amistad.

Para Juan Cruz, por su aliento y comprensión, siempre.

Y para tantos amigos, que me refrescan con sus voces y su calor...

CandiManoloMercedesNandoRaúlIsabelJesúsJosésPabloGaeCarlosJosé-teNoeliaJuanLuisSimoneMikelNanoJuanGiménez... y Fran por su ayuda.

All those moments will be lost in time, like tears in rain.

Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia.

(Roy Batty a Deckar, en la película *Blade Runner*.)

Introducción

Las rupturas me dejan desorientado, incapaz de asumir el precio que debo pagar por haber mantenido durante un tiempo un intento de futuro, tras quemar los días en su propio fuego, y sin digerir el fracaso de perseguir la eternidad.

Quizá ahí está el error, busco el infinito en las cosas materiales. Recuerdo en la primera casa de alquiler en Madrid, para tener su mensaje siempre presente, en un rincón del salón conservamos colgado durante años un pequeño cuadro, hecho de un sencillo de marco de madera y recubierto por un cristal, la letra de una canción de los Kinks: *Nothing lasts forever*. Tú amor se acabará, pero el mío no, el mío durará siempre. Así, invariablemente, como última razón de las cosas he buscado esa perdurabilidad. Inútilmente. Una y otra vez, me he estampado contra la realidad. No aprendo. Sigo buscando la eternidad como único argumento, como sinónimo de autenticidad. Eternidad y verdad. Aún no he descubierto el camino que une ambos territorios. El tiempo. Busco no perecer, sobrevivirle. No asumo la realidad, más testaruda que yo, y sin prisa me derrota.

Trato de recordar cómo ha sido todo, desde el principio, antes de que las miserias y la estupidez humanas, esas algas que infectan el fondo sucio del lago, me atrapen por los pies. Antes de enredarme en mis propias trampas. No sé si fue un día luminoso en Salamanca, si un día de calor en Álava, si una noche romántica en Madrid, en un verano seco, no sé si estaba en mí o lo aprendí de otros, o simplemente fue la atracción de lo incontrolable, de lo que no se puede decir y te acecha. No sé si fueron otros o fui yo. No sé si fueron mis amigos o eran mis amigos porque eran así, y yo los busqué, de un modo inconsciente, en medio de la multitud. Los busqué con ese sexto sentido, en medio del río, en el calor de los veranos, incluso en los rezos para pedir perdón, en los que anidaban mis ansias de

tocar o rozarme con la mano. Quizá fue todo eso y un poco el destino. No; no creo en él, al menos en esta materia. Uno está poseído por la pasión, o la lujuria, o el deseo de sentirse perdido, arrojado en el lecho, envuelto en sudor, los poros abiertos, los ojos cerrados, el olor cerca de tus instintos y el tacto palpitando en la yema de los dedos...Hay un mundo como en *Blue Velvet* ajeno a ti, extendido sobre la hierba, bajo el sol, como un girasol expectante, sintiendo que viene el calor del sur, tú cruzas la acera, entras en el cuarto, respiras, miras de frente a los concurrentes, recorres sus ojos e intentas adivinar...podría ser una tarde de invierno o de primavera, pero ese calor está presente, y no proviene de un estimulante cardiaco. Miras a tu alrededor, quizás sois dos, quizá no cabe nadie más en el bar, ese calor lo inunda todo.

Por un instante olvido las ansias de eternidad y disfruto del momento efímero, de su finitud, de su limitación, breve como un relámpago. Veo transcurrir la escena a cámara lenta, desplazarse los rostros y los gestos de los otros, con parsimonia, sin el sonido de la música, y percibo algo mínimo, que solo es el golpeteo del corazón, bombeando sangre por el cuerpo, reconozco lo ínfimo del instante, que se ha roto el tiempo, que todo es estrictamente temporal, un instante con fecha de caducidad, ¿qué más puedo decir para describir lo perecedero de ese momento? Me late el deseo, quizá era eso lo que he salido a buscar. Esta tarde en la calle, en el bar, solo, salgo a buscar ese instante, troceado en mil infinitos pedazos, lleno de magia, condensado en una mirada, en un dejar caer los parpados para eludir la tuya, antes de que ambas choquen como dos espadas, golpeándose violentamente la una contra la otra. Somos tú y yo. Esa sensación de calor es la que lo mueve todo. La que inició todo, y puso en marcha mis instintos. Y los tuyos.

Hubo un tiempo en que tu ausencia era casi un ser vivo, era un ser extraño, que consistía en no verte ni oír tu voz. Eso duele por dentro. Amargamente. Me duele aún, a veces, entre lágrimas que me calman; es peor cuando no brotan de los ojos, y se me quedan atravesadas ahí, por salir, en silencio. Y las viejas canciones que compartíamos antes, de pronto, tienen una letra nueva, áspera, casi descriptiva de este momento hostil. Cambio el disco o la emisora, me muevo para que no estés tan vivo ausente, para que no estés tan aquí, más dentro de mí que

nunca. Te has apoderado de mi música, y busco canciones que no compartiéramos, música que no te gustara, o música clásica, que no te trae a mi memoria. Ritmos y armonías que no tienen tu rostro en ellos. Busco viejas canciones en los vinilos que guardé, cuando llegaste a mi vida, porque en ellos aún respira mi yo, ese que te decía que busca eternidad. Sí, busco eternidad fuera de ti, en otras vidas que sean generosas y limpias conmigo, en otros seres, que, tras las miradas inocentes, esconden miradas inocentes, sin más, sin trampas. En realidad, esas vidas son seres finitos que tan solo existen.

No sabía que te podía despreciar tanto, tanto como a mí mismo, para ser casi bíblico *a sensu contrario*, si se me perdona la semiblasfemia. Reflexiono y veo la cantidad de mentiras que tragué porque así me convenía, la inventiva diaria para sacar y obtener ventajas mezquinas a bajo precio, prostituyendo mis afectos. No sé si lo hice voluntariamente, pero adormecido, me vi asaltado en mis creencias y deseos, casi te creí. Durante mucho tiempo peleé por ti, creí en tus palabras e ignoré la nebulosa densa, en la que escondes las mentiras, y pensé que las relaciones son así, y que las tinieblas no esconden necesariamente máscaras. Hasta que cayó la que cubría tu rostro y entreví tu boca perfilando una sonrisa fría, congestionada. Gélida. Esa es la sensación que descubrí en ti: frío. Y pude huir del frío. Siempre he buscado el calor, el abrazo reconfortante. Creo que esa es la razón última de por qué logré escapar, el calor, la piel caliente, el confort animal, protector, amante, sugerente. El calor tibio del verano en la piel de mis amantes.

Por eso vuelvo la vista atrás, para acordarme de lo que era. Miro muy atrás, antes de ti, para recuperar la certeza de que las relaciones limpias existen, para recordar que fui prevenido antes de que nada sucediera, pero que, por novel, no escuché. Sin embargo, he aprendido a descifrar tu lenguaje, bajo el recuerdo de un amigo que protegió mis primeros pasos. Que, aunque me alertó y advirtió, de él recuerdo, no sus avisos, sino que hablaba con el corazón en la mano, que me deslumbró con su luz y me hizo creer en que la nobleza existe.

1. Amigos

El colegio

La primera vez que vi a Paco fue en el colegio hace ya casi diez años, una mañana de sábado jugando al frontón; me interesó por su manera de ser. Físicamente me pareció guapete. El pelo castaño, casi rubio, clareado por el sol de verano. El color de sus ojos variando de verde oscuro a verde pasto, también sujeto a la influencia de la luz, como los he visto cambiar en una sola tarde, en San Lorenzo, la playa de Gijón. La nariz recta, mentón de actor, y a causa de sus dientes, un cierto complejo de conejo, que le costó su primer apodo entre los niños de su clase, en el colegio, donde nadie podía escapar de la crueldad infantil, sin malicia, y cada uno de nosotros teníamos un mote, por encima del nombre y los dos apellidos que, de corrido, oíamos, como un mantra, cada mañana, cada día, al pasarnos lista. Contra ello, con el tiempo se ha dejado bigote, que constituye parte de su personalidad, a veces, barba también. Paco mide 1,77, se peina dejando el pelo descolocado, le gusta vestir pantalón vaquero y camisas con cuello, lisas, o a cuadros, y calzar castellanos rojos o negros, brillantes. Mantiene siempre el calzado impoluto. Es una obsesión.

Al poco tiempo de conocernos, las circunstancias nos convirtieron en compañeros de clase, más tarde en amigos, y aún me sigue deslumbrando con su amistad. Nos conocimos en un internado de huérfanos de militares. Aunque soy mayor que él y le saco un año, hemos llegado a estar en la misma clase. En mi curso, de entre cincuenta muchachos, solo un compañero y yo, y Paco con otro chico, de entre cuarenta del suyo, dos por curso, elegimos la rama de Letras. Así que alguien decidió usar el sentido común, juntar los dos exiguos cursos en una sola habitación, y poner a los cuatro alumnos a compartir aula y profesores. Ahí empezamos a conocernos.

Paco siempre ha sido un rebelde. En el colegio, donde el orden prevalecía por encima de cualquier otro valor, él se enfrentaba a las normas establecidas con enorme naturalidad y desparpajo. La vestimenta formaba parte de la

uniformidad, instrumento imprescindible para someter al individuo y al grupo. Él fue uno de los primeros en vestir diferente, en dejarse el pelo largo, e incorporar un aro plateado en el lóbulo de su oreja izquierda. Tenía y tiene un carácter especial, te mira a la cara, no se esconde, es sencillo, correcto, educado, tiene don de gentes, suele caer de pie, lo cual en conjunto le hacía ser apreciado por sus compañeros. A veces podía retorcerse si chocabas con él o le buscabas las vueltas. En las clases de latín y griego, para el profesor era su peor pesadilla, salíamos a enfrentamiento diario. Si tenía una idea clara, la defendía contra viento y marea.

Cuando le conocí se debatía, como el resto de nosotros, por sacar la cabeza a flote en aquel mundo de adolescentes que crecía peleando entre sí, él logró afianzarse dentro del grupo y creó su impronta. Desarrolló un instinto de supervivencia y consiguió definir sus propios gustos; pero donde destacó, por encima de todo, fue en su inclinación por la música.

En el colegio, cuando por la noche se apagaban las luces, en cada *familia* se escuchaba *La Ronda*, un programa de radio en el que largas listas de adolescentes dedicaban a las chicas, de su clase o de su barrio, las melodías del momento, un repetitivo lote de canciones sobre el desamor: *me querías y ya no me quieres, el gato estaba junto a mí en la playa, y ahora, el recuerdo de las olas, golpea mi vacío...* interpretadas por los cantantes más solicitados: Roberto Carlos, Camilo Sesto, Jeanette, Nino Bravo...

Paco ya entonces nadaba fuera de la corriente principal. Era distinto al resto en sus gustos y era el que más sabía de aquello. De su boca, con dieciséis años, oí hablar por vez primera de *Ziggy Stardust and the Spiders from Mars* y David Bowie; de *Ballroom Blitz* y Sweet; de *Get it on* y T. Rex, eclosionando Marc Bolan, y otros monstruos. De alguna manera, él nos plantó la semilla popera inglesa, por encima de los rockeros duros y puros.

Su personalidad fue creciendo hasta cotas que no podía ni sospechar. De ser el muchacho rebelde de su clase, evolucionó a campos inusuales, como a escribir los primeros poemas sobre Hopalong Cassidy, a leer a un desconocido

Nicanor Parra, o a devorar el cine de un modo distinto, tardes de sesión continua, durante una semana entera, viendo una y otra vez *Tarde de perros* y *Sérpico*...siempre Al Pacino...

Ser inusual te conduce a juntarte con tus iguales. De ahí el origen de la amistad que desarrollamos con Vidal, otro compañero de mi curso, aunque de la rama de Ciencias. Nos convertimos en un trío terrible, vividor, anárquico, ansioso por aprender y experimentar. El trío de amigos se formó, me echaré la culpa, porque me convertí en punto de unión entre estos dos personajes excepcionales, Paco y Vidal. Vidal era gallego, y había desarrollado su personalidad también saliéndose de la ruta establecida por la manada, estableciendo su propio gusto en varios ámbitos, con ideas propias por la lectura, la música y el cine. Los tres éramos una especie de dandis atípicos, en medio del noble golferío general, ajenos al gamberreo de los compañeros de clase, a su manera salvaje y divertida de ser adolescentes: así, no compitiendo, como ellos, en las peleas con otros adolescentes, que llegaban como hordas bárbaras desde Manoteras hasta el Parque de Berlín, batiéndose a pedradas contra otros colegios, de un modo primitivo y violento. Nosotros tres rehuíamos esas maneras, y nos dedicábamos a frecuentar los cines del centro, a comer en restaurantes, y paladear comida extranjera, lo que nos otorgaba un aire de sofisticación ante nosotros mismos. Sofisticación absurda, pero ¿qué no lo es a los quince, a los dieciocho años?

Paco y Vidal tenían familia fuera de España. Paco en Venezuela. Un verano había ido de vacaciones a Caracas, donde le llevaron a un burdel que, por la descripción, no estaba muy lejos del antro de *Johnny cogió su fusil*, un bar infame donde la higiene, de las señoritas y del local, brillaba por su ausencia. Vidal tenía familia en México y en los veranos sus tíos, que venían de visita a Galicia, le dejaban generosas propinas. Vidal usaba ese dinero para fundirlo en juergas entre los tres, por otro lado, bastante sencillas. Consistían en tomar cerveza por bares y tabernas del centro, en asistir a conciertos de los grupos locales o foráneos que tocaran en Madrid, y sentarnos a hablar de los discos que salían al mercado, de los autores que descubríamos, de los estrenos en cartelera, de los

acontecimientos en el colegio...Hablábamos y hablábamos sin cesar, detrás de una caña de cerveza.

En el colegio nos vestían, nos alimentaban, nos pagaban los estudios, nos daban techo para dormir, y atendían en lo posible nuestras necesidades. Algunos habían llegado a él de muy niños, con apenas seis años. La amistad de los compañeros suplía el calor de la familia que había quedado atrás, en nuestra ciudad de origen. Éramos adolescentes buscando ser nosotros, inmersos en un grupo grande, bajo el abrigo de educadores y cuidadores, insuficientes para dar atención individualizada a aquel atajo de muchachos, con las neuronas y las hormonas desbocadas. El grupo era lo más importante, salirse de él suponía asumir ciertos riesgos que podían comportar persecución y un sinfín de chascarrillos. Quedarse quieto, pegado al terreno sin llamar la atención, era una táctica tremendamente efectiva como ejercicio de supervivencia. No obstante, los tres asomábamos la patita.

Vidal con sus músicas, sus Credence, leyendo a Dostoievski, leyendo poesía, escribiéndola. Paco en constante investigación y lectura de revistas de música sobre el pop británico, y escribiendo poesía. Yo también escribía. Lo intentaba. Teníamos un estímulo sorprendente en el colegio, nuestro profesor de Arte y Literatura había ganado, entre otros, el premio Adonáis de poesía, e incluso llegó a recibir por entonces el Premio Nacional de Literatura. Le imitábamos en su manera de hablar y repetíamos un poema de *Elegía en Astaroth*, llevados por la sonoridad del verso, y por lo escandaloso, a nuestros oídos, de sus palabras. Le atormentábamos dándole a leer esos versos adolescentes que Vidal encuadernaba con habilidad en pequeños librillos, y él, generoso, nos animaba a continuar.

Vidal y Paco llevaban bastante más tiempo que yo en el colegio, años; yo les decía que tenían la raya fija en el pelo, sinónimo de que estaban echados a perder, marcados sin remedio por el colegio. Ambos habían pasado por la Pepa, una señora que cuidaba de los niños más pequeños. Entre las atenciones que les prestaba a diario, estaba el aseo. Para peinarles los hacía pasar de uno en uno ante ella, como si se

tratara de una fábrica. Antes, había llenado una jofaina con agua y disuelto en ella un kilo de azúcar. Con la mezcla preparada, mandaba que la fila de niños avanzara, mojaba el peine en el agua y con él, con dos golpes de muñeca, trazaba la raya, como si fuera un tiralíneas. Gomina natural. No se movía un pelo. Paco y Vidal habían pasado por sus manos. Pese al tiempo transcurrido, estando ya en sexto o COU, rebeldes y melena, la raya se les formaba en el pelo de un modo natural.

Yo llegué allí desde un internado muy distinto, en el que la única música que sonaba en los dormitorios, por la noche, era música clásica, cual toque de queda. Se respiraba soledad. Cuando se apagaba la luz, tras unos minutos, desaparecía la música y se oía un rezo. Después, silencio. Vivir en aquel internado suponía habitar el vacío, en una burbuja, ajeno al mundo exterior. En aquel centro se ejercía un control absoluto sobre cada adolescente, hasta la lectura de las cartas privadas. La imaginación y la fantasía constituían las únicas escapatorias para infringir aquel mundo rígido, a través de los libros. Si te portabas bien podías acudir una hora a la biblioteca. Allí descubrí a Emilio Salgari, Enyd Blyton, *La isla del tesoro*, Dostoievski... Aquella hora cada tarde hizo tolerables los días, el vacío, el control, y en las barreras se abrieron grietas por las que se filtró la libertad, que, una vez probada, hizo más insoportable el olor a internado, a comedor y lejía, e insufrible el sonido de la campanilla agitada, llamándonos.

Cuando llegué al colegio de Madrid, me vi de nuevo envuelto, aunque con métodos menos sofisticados, en la lucha por la supervivencia, pero ya sabía de qué iba eso, y que pasar desapercibido era lo mejor. Creí lograrlo ocultando mi música, mis libros, mi poesía. Neruda y su canción desesperada. Y tan pegadizo como él, Peter Ilich. Pero me traicionó la melancolía de los sábados por la tarde, aún sin amigos, y como a esas horas no había casi nadie, recurría a escuchar en una casete el *concierto para piano y orquesta nº 1 Opus 23*, de Tchaikovski, tan triste y postrado que me daba la oportunidad de dramatizar, más, aquel sentimiento de soledad. Pero yo era el nuevo y distraídamente me observaban, y no pude evitar que eso llamara la atención entre esos pocos compañeros, y corriera la voz de que yo

era medio raro. Luego con la ayuda de Paco y de Vidal, en un cursillo acelerado, me puse al día en la música de mediados de los 70.

Gracias al profesor de Literatura y de Historia del Arte que nos incitaba a ello, los domingos por la mañana acudíamos al Museo de Prado y al Casón del Buen Retiro, a la casa de Rosales en Martínez Campos o al Museo de Lázaro Galdiano en General Oráa, y a las salas y galerías privadas de arte al final de Velázquez, cerca del NO-DO. Gracias a los consejos de un compañero entusiasta, asistíamos a obras de teatro con entrada de claque, que retirábamos en taquilla o en algún bar cercano, y pagando un precio de risa, nos sentábamos en las últimas filas de la sala con la obligación de aplaudir: *Equus*, *La casa de Bernarda Alba*, y lo que podíamos.

Tanto Vidal como Paco, más Vidal, recibían eventualmente giros de dinero de sus familiares en el extranjero, para que se dieran algún capricho. Frecuentábamos *La Yema de Oro,* restaurante situado en la Plaza de la República de Ecuador; o más modestos, a la salida del cine por la Gran Vía, los *Topic* de Sol y el de Princesa, una cadena de autoservicio.

Nos sacamos sangre, descargamos algún camión en Legazpi, ayudamos en alguna mudanza. Así también costeábamos nuestros vicios. Además, había una manera *non sancta* y picara de financiar las correrías. Muchos sábados por la tarde, hacíamos colecta a escondidas, sin contar a nadie nuestra estrategia para que no nos copiaran. Ese día por la mañana se iba al Ropero, ubicado en unas dependencias más retiradas, a donde llevábamos la ropa sucia a lavar, de la que se ocupaban las señoras encargadas de la colada, y la recogíamos limpia y planchada del casillero numerado, ya que cada prenda se identificaba con el número asignado a cada alumno. A partir del mediodía o por la tarde tras las duchas, la gente se iba del colegio a ver a algún familiar, al cine, o a pasear por Madrid, según el dinero de que dispusiera cada cual. Los tres esperábamos el momento adecuado, cuando todos ya habían salido y los dormitorios estaban vacíos..., entonces, revisábamos las papeleras de las habitaciones buscando pantalones desechados, por desgaste o por rotos. Servían todos por muy estropeados que estuvieran. Rara era la semana que no recogíamos entre diez o doce pantalones.

Los chicos en el colegio, (salvo los días de fiesta y los domingos que íbamos de uniforme) a diario usábamos pantalones vaqueros, y les dábamos mucho trote. Además, en el lavadero utilizaban jabones muy fuertes. El color que se les quedaba a los vaqueros era precioso. Tras la cosecha de pantalones, los metíamos en un par de mochilas, subíamos al 16 de la EMT hasta el final de la línea, en la Moncloa, e íbamos a la calle Andrés Mellado. En el número 100 había una tienda de ropa usada, ¡Oh, Calcuta*!,* que pagaba un dineral, 100 pesetas por cada vaquero de aspecto desgastado. Con el tiempo, los encargados del Vestuario cambiaron de marca, *Levis*, y comenzaron a proporcionar vaqueros *Rock Pitusa*, (maricón el que los usa), supongo que más baratos, como de tela, sin la textura del vaquero, y en *¡Oh, Calcuta*!, no mostraron interés en ellos.

La noche de sábado, con dinero fresco en los bolsillos, cenábamos fuera, íbamos al cine, de copas por Moncloa, en los patios, y volvíamos tarde al colegio. Cerrábamos la juerga ya cansados, a primerísima hora de la mañana del domingo, sentados en silencio en los últimos bancos de Santa Gema, atrás en la iglesia, mientras hacíamos tiempo hasta que abrieran el VIPS de López de Hoyos con Velázquez. En Santa Gema a menudo coincidíamos con otro huérfano, uno de los hermanos Llorente, del curso de Paco, que venía de sus correrías nocturnas y también descansaba en un banco de un lateral de la iglesia. Llegada la hora bajábamos al VIPS, a desayunar huevos fritos, patatas fritas y beicon. En el momento de pagar, Llorente nos tenía vacunados de espanto y de vergüenza ajena. Como en un ritual, le decía algo simpático a la cajera, e impávido, con sus dos manos cogía el bol de cortesía de caramelos, un kilo al menos, y sin recato alguno lo descargaba en el bolsillo de su gabardina, despidiéndose de la cajera educadamente, con una sonrisa. Nosotros asistíamos atónitos a la escena.

Cuando terminamos sexto y COU, Vidal salió a estudiar fuera del colegio, acudía a las oficinas del PPO en la calle Costa Rica, a formarse en algo desconocido y con futuro: los nuevos lenguajes de las computadoras, el cobol y las tarjetas troqueladas, el fortran, el basic, el pascal, palabras que aparecieron en el lenguaje cotidiano del arranque de la época de los dinosaurios de la informática, que abrió al inglés de par en par la puerta de nuestro idioma.

Paco decidió estudiar Magisterio, porque solo eran necesarios tres años de carrera. Iba a diario a la Escuela de Magisterio en Embajadores. Dejé de verle tan seguido. Lo veía algunas tardes, al volver de la facultad, sentado al sol en un balcón de la Cuarta Planta, tocando la flauta, o saliendo a pasear con José Manuel, o con su amigo el Inspector... Tiempos de amor y ternura, escondidos en besos secretos y culpables. Buscando la luz. Nuevos amigos y perspectivas. La cruda realidad. Aquello dejaba de ser un juego de adolescentes. *Cuenta conmigo*.

Yo ingresé en la facultad de Derecho. Eran tiempos de Libertad en mayúscula. Los tres seguíamos escribiendo. Al entrar en la Autónoma, me moví hasta encontrar a otros con mis intereses. Comencé a colaborar con un grupo que escribía poesía, cuentos e historias en una revista interfacultativa que apoyaba el área de cultura del rectorado. Luego, con la base de ese grupo, lanzamos un par de números de una revista nueva, impulsada por el empeño y la pasión inquebrantables de Apuleyo Soto, autor de teatro y poeta y, más importante aún, hombre en extremo generoso y comprometido; gracias a su esfuerzo, colaboraron en la revista dos ídolos: Paco Umbral y Celso Emilio Ferreiro. El grupo, compuesto en su mayoría por universitarios, nos reuníamos regularmente en el café Lyon, cerca de Cibeles, para poner en común lo que íbamos escribiendo. Yo tiraba de Paco y Vidal, y acudíamos los tres allí. Vidal se borró enseguida, huyendo de cualquier tufo pretencioso. Paco se involucró mucho, y siguió adelante, escribiendo *erre que erre*.

Calle Relatores

En Madrid lleva haciendo un calor terrible toda la semana. El verano está en pleno furor. Cada día, la temperatura sube un poco más. Siento que los poros de la piel necesitan con urgencia de un tacto ajeno. Si pienso en ello hasta me cuesta tragar saliva.

Este verano mi hermana no está en Madrid y me he metido en casa de unas primas un mes y medio, a preparar los exámenes de septiembre. Tengo mi propia habitación. Me cocinan, me planchan, a veces hasta me hacen la cama, estoy a cuerpo de rey. Sin embargo, terminando ya la carrera, aún no tengo una habitación con intimidad, donde pueda ir con una novieta. Hace tres años que salgo con una compañera de la facultad, y no disponemos de un maldito rincón para estar a solas. Y como sucede a menudo, cuando tienes habitación no hay rubia a tu lado, y cuando te acompaña una persona maravillosa y entregada, no hay habitación.

Con Paco he hablado intermitentemente en los dos últimos años. Sin vernos, hemos mantenido el contacto mediante cartas, más frecuentes al principio de salir de Madrid, haciéndole llegar retazos e historias de cómo iba con Vidal. Después, las cartas se han espaciado, hasta los últimos meses, de silencio. La distancia y el silencio forman parte del afecto. Recientemente un compañero me ha pasado su número de teléfono, y le llamo. Quedamos una tarde en una cafetería en la Gran Vía.

Me cuenta que dejó Magisterio. Interrumpió el estudio porque le tocaba hacer la mili, meterse a la Guardia Civil era una manera de hacerla con una nómina mensual. Lo cual le permite ganarse la vida, ser independiente y tener casa de alquiler. Por el contrario, lleva muy mal lo de la disciplina y las rutinas. Ha pasado por la academia en Sabadell, luego Bilbao. Ahora está destinado en Madrid, en la Dirección General y en Vallehermoso. Le encanta vivir en Madrid, aquí se siente como pez en el agua. Mantiene un aspecto físico sano, fuerte, muy arreglado y sonriente. Continúa con su bigote espeso, que esconde sus dientes de conejo, y un pendiente dorado brilla novedoso en su lóbulo izquierdo. Cada vez se parece más a Al Pacino en *Serpico*. Le pido un favor.

—¿Vives solo ahora?

—Qué va, comparto piso.

—¿Con algún compañero guardia civil?

—No. Con Diego, es ingeniero de Telefónica.

—¿Cómo lo has conocido?

—Me lo presentó un amigo del colegio...—Lo dice mientras mira a un lado. Luego, vuelve a mirarme, sonríe y continúa— La verdad es que es fácil convivir con él, pese a mi carácter, con lo desastre que soy yo, ya me conoces.

Me río, no sé cómo entrarle a pedir el favor...

—Es un tipo mayor que yo, y eso se nota. Me sabe llevar...

—Pues yo quería pedirte, bueno, a ver cómo te lo digo...primero preguntarte si tienes sitio, y luego pedirte si me podrías dejar una habitación. Es para ir con una compañera de facultad. Para ir a... quiero decir, que estoy alojado en casa de unas primas y no puedo llevar a nadie ni tengo privacidad... Necesito un sitio, Paco.

Sin decir una palabra, busca en el bolsillo del pantalón y me pasa su juego de llaves. Asegura que no las necesita, porque luego verá a su compañero de piso. Han quedado a unas cañas por el centro y volverán juntos a casa.

—Cuando entréis en la casa, no hagáis mucho ruido ni te pongas a curiosear, que te conozco.

Su casa está en Relatores 9, en el segundo piso. Es una sucesión de habitaciones en el lado izquierdo de un pasillo sin fin. De una de esas habitaciones, al pasar nosotros, sale un hombre joven, de unos veintitantos años, descalzo, vestido únicamente con un pantalón de deporte, y no puedo evitar mirar su torso desnudo. Lleva un corte de pelo militar. Es atractivo. Le miró fijamente, y él me devuelve la misma intensa mirada.

—Hola, soy Miguel. No quiero molestaros, Paco me dijo que vendríais. Soy un compañero. Picoleto también.

—Hola... —contestamos al unísono Lola y yo—.

—Si necesitáis algo, estaré en el recibidor de la entrada. Ahora voy a vestirme, tengo que salir un momento a comprar, pero vuelvo. No os asustéis si oís la puerta.

Tiene una mirada de acero. Me observa de cerca clavándome los ojos, como si me escudriñara y sopesara. He aprendido a huir de estas situaciones, a ignorar todo, a ser invisible. Impasible e inocente.

—Muchas gracias.

Le sonrío, al tiempo que empujo suavemente a Lola, para que continúe por el pasillo. Seguimos hasta la última puerta. Es una habitación con una ventana a un patio interior. La cama está hecha con una sábana bajera, la de arriba está al pie de la cama, doblada y planchada. Sobre una mesa, cerca de la ventana, hay un enorme ramo de flores frescas que inunda la habitación con olor a hierba.

Entramos en la sala de baño con bañera de pies de hierro. Abro los grifos y derramo dentro un tarro con sales. Nos damos un baño lento, enjabonándonos, disfrutando del agua. Lola es una mujer intensa y silenciosa. Desliza sus dedos finos y su mirada azul pálido sobre mí. En la habitación late el calor de la tarde. Nos reconocemos en dos seres necesitados del cuerpo del otro, entregados al deseo, la respiración entrecortada. Entrar en su carne y ver su rostro distendido es como una agonía intensa de placer... mientras, a mi mente acuden encuadres de un pecho que no es el que tengo frente a mí. Vamos juntos, de un modo animal y físico, jadeantes, hasta que llegamos a la orilla, exhaustos.

Nos vestimos despacio. Nos besamos. Ella coge su bandolera marrón y me sigue a lo largo del pasillo. Cuando entramos en el salón, un hombre está sentado en el sofá leyendo un libro. Tiene unos cuarenta años. Se levanta. Su pelo es muy negro y su bigote espeso. Es casi tan alto como yo. Nos saluda sonriente. Simpático. Tiene acento andaluz.

—Hola, soy Diego. El compañero de piso de Paco.

Diría que estaba allí esperando, para encontrarnos y saludar. Nos invita a tomar algo y se retira a la cocina a por refrescos y hielo. En ese preciso instante llega Paco, le presento a Lola. Cuando regresa Diego, insiste en que nos sentemos de nuevo, mientras él sirve las bebidas. Momento en que interviene Paco con tono serio:

—Luis tengo que decirte algo, bueno, Lola, deciros... Uhmm, ... ya me conoces, no me gustan las tonterías, ni dar demasiadas vueltas a las cosas. Tampoco dar explicaciones. Ayer pensé contártelo; luego me dije que no había necesidad, pero hablando esta mañana con Diego, —le miró un instante— y, en fin, tío, que, además de compañeros de piso, Diego y yo somos pareja.

—Ya, bueno, no me extraña..., pero ¿qué es lo que me tienes que decir?

Se ríe y sigue contando que se conocieron en un bar de copas. Luego nos invitan a cenar en un chino y se muestran atentos y cariñosos con nosotros. Los cuatro felices de estar allí. Ellos se miran cómplices cada cierto tiempo. Al final de la cena cuento mis planes: iré a Francia un tiempo para aprender francés. Lola calla. No esperará.

Avenida del Manzanares

He seguido en contacto con Paco, pese al transcurso del tiempo y de los acontecimientos. En lo que a mí respecta, he vivido casi dos años en Francia, estudiando y ganándome la vida. Durante ese periodo, irregularmente, le he bombardeado con cartas y llamadas. No he dispuesto ni dispongo de mucho dinero, mientras que él tiene ya un empleo estable con sus ingresos regulares. Incluso, en alguna ocasión, me ha girado pasta que me ha permitido disfrutar de algún día de vino y rosas. Mis cartas le hacían ver que, pese a su satisfacción por haber encontrado un hueco y un modo de vida en Madrid, hay otras opciones que no se sujetan al influjo del dinero, al orden establecido o al sentido común. Mi vida, sin reglas, mentira, me permitía dedicarme a las chicas, a la comida, al arte y a disfrutar de cualquier actividad que aconteciera en Paris.

Al volver a Madrid en octubre me hospedé en casa de mi hermana, en Martín de los Heros, cerca de Plaza España, y pensé en quedar con él.

Sabía dónde vivía por la dirección de las cartas y que seguía viviendo con Diego, ahora en una casa más grande y moderna. Pensé en llamarle para pasar juntos el día y pedirle que me volviera a dejar usar la habitación de invitados de su casa, y llevar allí a una chica madrileña que había conocido en Francia.

Por teléfono le pregunto cortésmente por Diego, pero no narra mucho, lo cual me hace suponer que hay un cierto distanciamiento; quedamos en La Latina. Cuando acude a la cita, su barba descuidada de varios días y su aspecto me causan preocupación. Sus zapatos no resplandecen. Está en un momento de crisis: en el oficina, con Diego, con sus amigos, con gente que conoce de la noche. Se ha refugiado en una amiga insólita, salida de una canción de Cohen, su Piti, con la que por el día recorre los bares de la Latina y Puerta de Toledo.

Los tres echamos un par de horas en la Bobia, fumando y riendo, como si el tiempo no tuviera medida y cenamos en un bar de tapas cerca, hasta dejar a la Piti en la puerta de su casa. Ya los dos solos nos encaminamos al centro. Es difícil estar a solas con Paco, continuamente hay alguien alrededor: amigos, oficina, obligaciones...

—¿Sigues con esa chica madrileña de la que me hablaste el año pasado...?

—Concha. Sí, sigo con ella. Vino a París a pasar dos semanas conmigo en agosto, y fue un desastre total.

—Me contaste que habíais cortado a raíz de esa experiencia. ¿Te perdonó?

—Bueno. No sé. De alguna manera. No del todo. No me he perdonado ni yo. Lo pasamos fatal los dos. Imagínate, después de irse a pasar diez días allí conmigo, discutíamos cada 5 minutos, y como vimos que la experiencia no funcionaba, decidió pirarse de mi apartamento. Yo me moví para buscarle otro esa semana, mientras llegaba su día de regresar a Madrid. Por suerte Marta, mi profesora de francés, a la que había presentado a Concha, tenía una amiga que le había dejado el encargo de cuidar de las plantas y de su piso, por la zona universitaria cerca de la Place d'Italie, mientras ella y su marido se iban de vacaciones a la Toscana. Marta le pasó las llaves a Concha, por cuatro días, confiando en su comportamiento responsable. Pero hete aquí que la amiga y su marido discutieron, y la dueña, cabreada, se volvió a París antes de lo previsto... Total, abrió la puerta de su casa, y se encontró con una okupa en bragas en medio de una nube tóxica en la cocina, tratando de freír salchichas. Cuando le preguntó quién era, qué hacía allí..., Concha se bloqueó ante la situación, lo único que acertaba a decir era *Marta, Marta...* Mientras la dueña llamaba por teléfono a Marta para entender qué hacía esa extraña allí, ella recogió en un minuto la maleta como pudo y salió de estampida. Aquella tarde cogió un tren para Madrid. Con el tiempo, hemos recuperado la relación a base de cartas y llamadas por teléfono. Tiene un serio problema de culpa, de religión, de educación y de sexo. Su madre es del Opus y una gran cinéfila, con una extensa colección de películas en cintas de VHS, que graba de la tele. Pero a ella la tiene frita. Es como un *gran hermano* que la controla cuando sale o entra. Aunque van haciendo progresos en su relación.

—¿Y qué quieres, que te deje la llave de casa? Sin problema, cuenta con ello. Puedes ir mañana por la tarde. Yo no estaré, he quedado en la Bobia con Piti. En cuanto a Diego, últimamente está muy liado, no creo que te lo encuentres en casa.

Paco se encuentra cómodo en nuestra vieja amistad. Ahora calla. No tiene que dar explicaciones. El silencio es la mejor compañía; le miro y creo entender en la niebla el porqué de su silencio. No está Diego. Él se pasa los días

trabajando. Coinciden a duras penas en casa. Parece que cada vez fuera más difícil compartir tiempo.

Subimos despacio por la Plaza Mayor, Sol y Montera. Paco me explica que las funciones de vigilancia le están aburriendo.

—Creo que pediré un puesto en el Ministerio.

Avanzamos por Hortaleza, giramos a Augusto Figueroa y entramos al Topxi, frente a la cabina de teléfonos. Rebusca en la noche, no porque vaya a encontrar una perla en ese agujero inmundo, sino para huir de su desolación con Diego. Busca a alguien que no le traicione, que tenga la palabra lealtad esculpida en la frente y en el corazón, y que no pueda ser socavada por ningún lazo, ni siquiera familiar. Aunque Diego no está cabreado con él, Paco lo siente como un abandono, y de modo irracional escarba en la gruta negra del Topxi.

El domingo después de comer, a primera hora de la tarde quedo con Concha. En la calle hace un calor terrible. Entramos en la casa, que está en penumbra, y desnudándonos llegamos a la habitación. En la mesilla hay un ramito de claveles rojos y, al pie, una tarjeta con un mensaje:

—Concha, siéntete como en tu casa. Besos. Paco.

Nos dejamos llevar por el deseo, disfrutamos de entregarnos el uno al otro. Según nos estamos vistiendo, oímos que Diego entra en la casa y saluda a voz en grito.

Nos espera en el salón. Se presenta a Concha. Para nuestra tranquilidad, confiesa que por Paco sabía que podíamos estar allí. Nos ofrece una copa que no podemos despreciar. Con el vino se sincera, y nos cuenta el punto en que está con Paco. Las cosas se han torcido. Diego tiene que volver a Sevilla a cuidar de su madre. Ha enviudado hace unos meses, y sola no se apaña. Él es el único hijo soltero. Le ha pedido a Paco que pida traslado a Sevilla, pero no quiere. Paco le reprocha que priorice a su madre, dejándole a él solo en Madrid. Y si él no regresa a Gijón por su propia madre, no va a ir a Sevilla por su suegra. Diego lo entiende, pero él tiene que ir a Sevilla. Además, Paco no soporta el calor extremo de la ciudad.

—Paco está viniendo a casa tardísimo por las noches, arrastrándose... y al encontrármelo tirado en el sofá, cuando trato de ayudarle, aún se ofusca más. No puedo hablar con él. La convivencia se ha convertido en una tortura. Quiero pedirte ayuda para que entienda mis razones. A ti es el único a quien escucharía. Probablemente sea una guerra perdida, creo que ya ha tomado la decisión de destruir lo que éramos, lo que queda después de cinco años juntos.

2. Londres

Victoria Station

Londres es acogedor. La primera vez que voy es en 1983. Los españoles no pertenecemos a la Comunidad Europea, el pasaporte no permite trabajar. Cruzo Francia en tren hasta Calais y en barco el Canal de la Mancha a Dover. De noche paso el control fronterizo de pasaportes. Es una noche negra, sentado en un tren que avanza, envuelto en un olor denso a carbonilla y que da pie a otro día de invierno.

Fui a Londres a aprender inglés, sin embargo, la ciudad pronto se convirtió en un plan en sí misma. En ella empecé a reconocer mi propia complejidad, a comprenderme. Pude establecer mil ideas de futuro, poner en marcha las rutinas necesarias para llevarlas a cabo, si bien mis propósitos no eran necesariamente reflexivos. Londres formaba parte de un plan, necesario profesionalmente, no obstante, no me percaté de su trascendencia. Tampoco fui consciente de la libertad que depositaba en mis manos. Al contemplar los acontecimientos de entonces, a veces los veo como una carga pesada, otras los percibo con alivio, como si al revivirlos pudiera cambiar el rumbo de las cosas y las decisiones tomadas. Llegué a mí mismo sin pensar demasiado. Quizá sabiendo que mentía. Quizá quería salvarme, y Londres se convirtió en el lugar para arrancarme la máscara.

El día amanece cargado de inquietudes, que se me han adherido al estómago. Percibo al tren que chirria al entrar en Victoria Station, una nave inmensa y sucia, iluminada con dureza por tubos de neón, reteniéndose lentamente mientras arrastra su peso contra los frenos, hasta detenerse. Quedo atónito por la súbita estampida, ante la visión de ese hormiguero que, repentinamente, cobra vida: gente moviéndose en una alocada carrera en mil direcciones, cargando bolsas, maletas, bultos anónimos, dentro de un torbellino; surgen voces, risas desafiantes, conversaciones que se resienten por doquier, vagamente amortiguadas en el escenario grandioso de la estación. Además, aturdido por los mensajes de los altavoces que sin cesar anuncian trenes para varias ciudades en las distintas *platforms.* Fascinado

por los colores que portan los viajeros, formando un caleidoscopio ambulante en este entorno tan gris. También ante ese tornasol en los kioscos de prensa, las vitrinas de las tiendas de regalos y los grandes bloques de publicidad en el acceso al *underground*.

Mi única referencia es una dirección. La de la casa en la que me alojaré: 54 Drayton Gardens, SW10, pero ignoro cómo llegar hasta allí, qué medio de transporte debo tomar. Para vencer el miedo y la tensión de encontrarme en una situación y lugar desconocidos donde se habla un idioma extraño y en el que no me defiendo, lo mejor es tomar un taxi. Ya tendré tiempo de dominar los medios de transporte aquí.

A duras penas, con una sola mano, voy tirando de la maleta marrón. Veo el cartel de taxis, y me dirijo hacia allá, pero la inmensa cola de gente formada sobre la acera esperando me desconcierta. Reacciono como un pícaro empujado por el miedo. No me pondré en la fila para avergonzarme si me hablan y no entiendo la pregunta, o la réplica. ¡Estoy tan lleno de temores absurdos! Me gusta sentirme distinto, pero me horroriza que se note. Los eternos miedos y complejos impiden que eche a volar. La fila crece por instantes, formando una gran vuelta, mientras yo permanezco indeciso entre la gente descansando del esfuerzo de arrastrar la maleta, hasta que de pronto se pone delante de mí un tipo joven, negro, zapatillas deportivas, vistiendo ropa desgastada bajo una cazadora marrón. Me habla muy de cerca y no le entiendo, pero repite su frase varias veces...

—*Tourist? Are you tourist?*

—*Yes. Je suis...*

—¿Taxi? ¿*Looking for taxi*?

—Sí —contesto, sin estar seguro de haber entendido su pregunta.

Antes de intercambiar una sola palabra más, sin que transcurra un segundo, el tipo lee inteligentemente mi miedo y me arrebata el pesado portaaviones de la mano, mientras farfulla una queja. No sé con claridad qué está sucediendo, y él no me da tiempo a pensar. Al principio, ingenuamente, supongo que nos dirigimos a la fila de los típicos taxis tradicionales que van llegando, pero la pasamos de largo y salimos de la estación. Al cabo de un par de minutos nos detenemos ante

un coche de aspecto corriente y descuidado; sin mirarme, el tipo abre el capó y con un esfuerzo violento iza la maleta y la deposita dentro sobre un montón informe de cuerdas viejas, periódicos y bolsas de plástico. Luego se vuelve hacia mí y con la mano me indica para que acceda al interior del vehículo.

Estoy sentado dentro del coche, asustado, aturdido, sin comprender todavía que me he metido en un taxi pirata. Huele a polvo y a aceite quemado. Por la situación y por alguna palabra suelta deduzco que pregunta adónde vamos. En previsión, en un papel tengo escrita la dirección en letras mayúsculas. Le muestro la nota y el conductor se encoge de hombros, dice que no sabe dónde es y, sin mirar, me lanza un libro. Leo el título: *London AZ. Street Atlas and Index*. En medio del estrés, comprendo que quiere que le busque en él la dirección. Por fin, el conductor detiene el coche en mitad de una calle. Con la mano me indica que estamos ante la dirección que buscamos, luego extiende la mano y dice: 12 libras. Busco en el bolsillo: llevo un billete de cinco y una moneda de una. El tipo maldice, las maldiciones son parte del escaso vocabulario en inglés que conozco, pero niego con la cabeza: *Only have 6 pounds, no more money*. Por fin baja del coche. También yo, contento de poder escapar del pretendido taxi. Abre el capó y al segundo intento saca la maleta. Aún vuelve a la carga, me pide más dinero porque la maleta es malditamente pesada. *No more*. Le doy las seis libras y una moneda de 50 peniques. Mi taxista maldice sin cesar, pero llega otro vehículo y tiene que irse para dejarle paso. Respiro aliviado. Tiempo después descubriré que ese trayecto cuesta entre dos y tres libras. He pagado, con bronca y regateos incluidos, seis y media. Lección al pícaro dispuesto a saltarse la cola.

Tras comprobar la dirección y el piso en la nota que llevo a mano. Es una casa de vecinos, de ladrillos rojos, cinco plantas de altura, y un piso por debajo del nivel de suelo. Hago sonar un timbre en el dintel del edificio. Espero y se abre la puerta. Me recibe una señora de aspecto severo.

—*I am Mrs. Pray. You Welcome!*

Tiene el rostro surcado por mil arrugas. Las gafas de carey encubren unos ojos curiosos, la boca con un toque de carmín; colorete en las mejillas maquillando su edad, y su figura austera lo remata un peinado *a lo Thatcher*. Viste una rebeca roja oscura, pantalón gris y zapatillas de estar por casa.

Su voz engolada, teatral, marca exageradamente las silabas de cada palabra, acompañándola con movimiento de brazos y manos, que agita como aspas de molino. Tras un instante en que me observa de arriba abajo, con su mímica rebuscada, me hace que la siga.

La casa aparentemente está ordenada. Una moqueta gris cubre el suelo del pasillo, en forma de n. Las paredes están recubiertas, en exceso, de cuadros antiguos. Las habitaciones dan a la calle, menos la de Hassan y la cocina. A mano izquierda está la sala de los estudiantes, luego el salón privado de Mrs. Pray, a continuación, su dormitorio. Tras girar el pasillo a la derecha hay cuatro puertas más: mi cuarto, en frente el de Hassan, el baño y más allá, en mi lado del pasillo, el de Pepe. El pasillo gira de nuevo a la derecha a la cocina, la gran sala de operaciones, el corazón de la casa, lugar común de los que la habitan; en ese momento, limpia y fría.

Presidiendo la cocina, *reinando*, en la pared que hay frente a los fuegos cuelgan dos retratos de la monarquía británica: uno de la reina Isabel y otro más grande de la reina madre, de casi medio metro, la adorada *Queen's mother*, el ser más idolatrado de la casa por más de una razón. Considerada una divinidad en la mente de la vieja dama; Mrs. Pray señala los cuadros con respeto mientras los bendice. No entiendo la mayor parte de su cháchara, pese a su histriónica dicción, salvo el final, que repite engolando más la voz: *Thank you, God, for being English!* Remarca reverente cada sílaba a la vez que fija la vista en la reina madre, como si Dios fuera inglés, esa figura real fuera el mayor de los logros divinos y ella fuera del pueblo elegido, de Inglaterra. Un *mix* de Inglaterra y Dios, por ese orden.

Mrs. Pray para ganarse la vida alquila habitaciones a estudiantes extranjeros, (*es una vergüenza que una mujer como yo tenga que soportar estrecheces, apenas percibo una mísera pensión tras largos años de esfuerzo, sigo pagando impuestos... mientras estos extranjeros llegan ahora y reciben todo tipo de ayudas*), ofrece alojamiento, desayuno y cena al estilo inglés. Tiene un acuerdo con un colegio privado, una academia de inglés. Stanford English School. A cambio de un porcentaje, la academia le remite estudiantes extranjeros que vienen a Londres a aprender inglés y que quieren alojarse en una familia nativa. Y ella es esa familia. Una viuda orgullosa con algún pasado ignoto. Ahora

seremos tres inquilinos. Antes de continuar me recuerda, insistente, que ella solo ofrece alojamiento y dos comidas: desayuno y cena. El almuerzo debo realizarlo fuera.

Volvemos hasta la entrada para recoger mi equipaje, mientras ella no flaquea en su parloteo. No entiendo sus palabras, sí sus gestos. Me muestra mi habitación, de momento solo la ocuparé yo, pero podrían venir otros inquilinos. Es un cuarto grande, con tres camas individuales separadas por mesillas de noche, luminoso gracias a una ventana abalconada, con visillos que impiden a los viandantes ver el interior. Decido deshacer la maleta, y descansar un buen rato en las tres horas que tengo por delante antes de salir a comer. Pudiendo escoger, elijo la cama más próxima a la ventana.

Horas después al salir de la estancia, sospechosamente, Mrs. Pray está esperándome en el pasillo y me recuerda:

—Cenaremos a las seis y media de la tarde.

Acompaña la frase con las manos para señalar su reloj de pulsera, marca las seis, simula un giro en semi-círculo con los dedos y, con otro gesto me dice que se cena.

Al salir del portal, tomo la calle a la izquierda, camino despacio observando las casas de ladrillo rojo y la belleza de la vegetación invasiva de los arbustos y los musgos. A la derecha hay un callejón muy estrecho con una cabina de teléfono, me meto y pruebo, pero no funciona. Avanzo y memorizo referencias: Old Brompton Road, una tienda de venta de vehículos y un pequeño *supermarket*. En el cruce con Gloucester Road tengo que mirar dos veces para ver de qué lado viene el tráfico, tomo una calle más animada e iluminada. Veo un *pub* donde se puede comer, el Stanhope, más allá, un Burger King, una tienda de vinos y un Kentucky Fried Chicken, casi haciendo esquina con Cromwell Rd. Frente a la hamburguesería está la estación de metro de Gloucester Road.

En la entrada del metro encuentro una cabina que funciona y llamo a mi madre. Apenas hablo con ella dos minutos para decir que he llegado bien, y que ya respiro tranquilo. Todavía exploro hasta los límites del barrio dando un buen paseo. Cuando regreso a la casa lo hago por el mismo camino, y se me hace más corto. Siento frío.

Los inquilinos de Mrs. Pray

Llamo al timbre de la casa. Me abre la puerta un muchacho alto, de piel clara y barbita rala. Sonríe. Me extiende la mano, y abre la puerta de par en par:

—*Hey*!, soy Hassan. Bienvenido.

La segunda parte de la frase la ha dicho en castellano, me sorprende. Tras saludarnos, hace un gesto invitándome a pasar y me acompaña a la salita de estudiantes. Se hace entender con un inglés sencillo, hecho de frases cortas: sujeto, verbo y predicado; cada oración es un mundo recogido en tres palabras. Enseguida me explica que José, el otro estudiante en la casa, español también, aún no ha regresado pero que no tardará. Habla con entusiasmo de él. Le pregunto: ¿de dónde eres?, ¿qué haces aquí?, ¿trabajas en Londres?, ¿llevas mucho tiempo?

Estoy un tanto nervioso, puro respeto a lo desconocido. Hassan viste una chilaba blanca, que hace más blanca su figura, luce una presencia aseada con esmero. Su figura árabe me incomoda porque aflora en mí un racismo escondido, me pone en guardia, desconozco con quién estoy tratando y extraigo lo peor de mí. Me avergüenzo por mi reacción, más cuando observo que Hassan se manifiesta como un muchacho cándido, mitad niño mitad hombre, formándose, divertido, juguetón, noble.

—Soy de Egipto, como mi madre, mi padre es saudí. He terminado mis estudios en el colegio en Riad, y he venido un año aquí a estudiar inglés. Estoy en esta casa por José. Él habló con mi padre en el banco, es su cliente. José es buena persona. Tú vas a conocerle.

Escuchamos a la señora que nos llama a cenar. Al salir de la salita, me señala la puerta siguiente:

—Mira, ese es el salón de Mrs. Pray. Nunca nos deja pasar ahí. Ni, como ahora, tiene la puerta abierta, será para que la veas tú. Mira su salón, mira, has visto el nuestro. La televisión que tenemos nosotros es en blanco y negro, miserable tacaña, la suya es en color.

La señora insiste para que acudamos a la cocina pese a que aún no ha llegado el otro español. Mrs. Pray explica en qué consiste la cena de esta noche. Se trata de algo especial, en homenaje al nuevo huésped.

Ella toma asiento de espaldas al horno, Hassan a su izquierda, yo a su derecha y frente a ella, en la mesa, deja un plato vacío en el lugar del ausente. Se levanta y acerca una marmita de *china* con la sopa, y comienza a servir a cada uno de los comensales, ella primero. La sopa es insípida. Ella hace grandes gestos de aprobación, y espera algún comentario nuestro.

Oímos que José entra en casa y se dirige raudo a la cocina. Con un par de Heys!, saluda a la señora y a Hassan Luego se dirige a mí. Me levanto de la silla, mientras él me saluda efusiva y alegremente en español.

—Hola soy José. Me alegro de que estés aquí, a ver si metemos en vereda a la Bruja, y le enseñamos a hablar en cristiano a este, que es buena gente.

Mrs. Pray interrumpe inmediatamente

—Aquí hablamos en inglés, estamos en Inglaterra, ¡gracias a Dios! *We are in England* —Enfatiza aún más— Ocupe un asiento José, hay sopa y tortilla española. Ocupe su lugar y aceptaremos sus excusas por llegar tarde. Ya saben, en este país apreciamos la puntualidad y el respeto por las normas. Ya sé que provienen de países donde esto no es así, *but we are in England*.

Remarca la última frase, para subrayar su posición. José, como primera providencia, tras mirar la cantidad de tropezones que flotan en el plato, y asomarse también a la sopera y comprobar, dispara:

—¿Qué es todo esto? No tiene sabor a nada. ¿Es agua?

La señora resopla vehemente. Luego aterriza en la mesa una amalgama de patata despanzurrada, con sabor a apio, frita en una grasa incierta, quizá mantequilla. José maldice, deja el tenedor a un lado y, a través de sus gafas, atónito, mira a la Bruja...

—¿Dijo que era tortilla española? ¿Qué le ha echado a esto? ¿Apio? ¡Por Dios! ¿De dónde ha sacado semejante receta? Encima frita con colza.

Y aleja el plato de sí hacia el centro de la mesa. Mrs. Pray estalla:

—*Bloody spaniards!* Malditos desagradecidos, en sus países apenas pueden comer y vienen al mío, en busca de oportunidades, y son incapaces de apreciarlo.

Terminamos la cena en medio del desastre. De postre hay gelatina de fresas, también insípida. Mrs. Pray apenas nos permite añadir una nube de crema fresca y dos cucharaditas de azúcar, *el abuso sienta mal y no estamos para derrochar*. José se levanta de la mesa, agradeciendo la frugalidad de la cena con sorna que pasa desapercibida para la señora, quien agradece, solemne, sus amables palabras.

José propone, en español, irnos a cenar una hamburguesa. Acepto de inmediato. Hassan actúa como si hubiera comprendido, y comenta en español que él también quiere ir a cenar algo.

—*English. English!* Tengan cuidado. No beban, especialmente usted, Hassan. Y si comen algo, ya saben, está prohibido traer comida ajena a esta casa. Principalmente grasienta y olorosa. Disfruten de la ciudad. Compórtense como ingleses.

Este último discurso despierta la ira de mis compañeros. Salimos a la calle bajo un cruce de maldiciones entre los dos bandos, que a mí se me antoja excesivo. Quizá toda esta discusión sea parte de un juego subterráneo, algún sobreentendido que se me escapa. Cuando amainan las abominaciones contra la Bruja, si es que alguna vez terminan, ya que su nombre siempre está presente de un modo u otro en nuestras oraciones, José me habla de Hassan, del padre de este, y después de su propia circunstancia.

—Trabajo para el Banco de Jerez. Ellos me pagan la estancia en Londres y son los que me han buscado esta casa. Estaré todavía cuatro meses más, creo.

Caminamos rápido al Stanhope. El Stanhope Arms es un *pub* pintado de negro en el exterior. La decoración interior es muy inglesa, las mesas apretadas, con taburetes. José ejerce de cicerone. Se puede comer, tiene variedad de cervezas, y a diario hay chicas nuevas por aquí. Un lugar perfecto para enloquecer y desvariar sin causar daño a nadie. En la planta superior suele haber *jazz* en directo. Allí puedes fumar. Dada el hambre que los tres traemos de casa de Mrs. Pray, José nos invita a algo típico. Pide *fish & chips*.

Hassan, según cuenta José, no acostumbra a beber alcohol, aunque esta noche hace una excepción, incitado por la celebración en mi honor. La ley de José es birra o vino, lo demás no es beber, quédate en casa. Pero Hassan vuelve a su rutina de abstemio que le permite permanecer sereno. José y yo bebemos cerveza. La música *jazz* tipo *dixie* llena cada rincón. Su ritmo pegadizo y envolvente baja por la escalera de madera hasta el nivel de la calle, y tira de nosotros a la planta superior. Hablamos a gritos en inglés para que Hassan pueda seguirnos; cuando mi limitado vocabulario no me lo permite, me ayudo con el español, y José le traduce a Hassan; y cuando no entiendo el particular modo de construir las frases de éste, (aunque su mímica sea excelente), entonces José me traduce a mí. El volumen de ruido en el local es muy alto, las conversaciones a gritos, estridentes, y el ambiente me agota. Me está pudiendo el cansancio acumulado del día, lleno de novedades. Le pido a José si podemos ir al centro, quisiera visitarlo. He visto tantas imágenes de Piccadilly en películas... que desearía verlo *in situ* con mis propios ojos.

Frente al *pub* está la boca del metro. Bajamos al andén subterráneo por un ascensor, y tomamos la línea que nos lleva directamente a Leicester Square. La sensación del metro de Londres difiere de los de París o Madrid. La primera impresión es que bajas a las tripas de la tierra. Los vagones del tren tienen forma de tubo, con tapicería a cuadritos, u otras más discretas.

Leicester Square es una plaza cuadrada, tomada por músicos, mimos, estatuas mudas y quietas, turistas callejeando, disparando fotos entre puestos y tenderetes junto al exiguo césped existente en medio de la plaza. Caminando dos minutos, llegamos a Piccadilly Circus, la fuente de Cupido. Eros reposa desnudo con su arco y flecha en las manos, sobre la columnata, sobre los chorros de agua que vierten en la fuente. Hay gente sentada alrededor, pero lo que reclama nuestra atención son los enormes anuncios de neón, rutilantes, con vida propia.

Al regresar a casa, estoy muerto de hambre y rebusco en el frigorífico. Solo hay pan de molde con mayonesa.

La academia de inglés y Don Pepe

A la mañana siguiente, en el desayuno, Mrs. Pray me observa en silencio. Sin dirigirse a nadie pregunta quién ha cogido pan del frigorífico. ¡Madre mía, tiene contadas las rebanadas de pan!, y sigue con su discurso.

—El contenido del frigorífico me pertenece a mí únicamente y, desde luego, aquí solo se come a la hora de las comidas. Los desayunos serán continentales y las cenas frugales por definición y por economía. Nada de cerdo.

Por la mañana, Hassan me acompaña hasta el colegio, me cuesta muchísimo entenderle y el trayecto es una tortura. Cruzamos Kensington Gardens, Queensway hasta Bayswater, giramos a la izquierda y hasta Hereford road. Tengo la impresión de estar comportándome de modo distante, frío, tímido, no sé, artificioso. Las situaciones nuevas me desencajan, me pueden.

En la academia hago una prueba de nivel. Más tarde, en el descanso, salgo a comer y hablo con dos australianas, simpáticas. Llueve. Pregunto en la Secretaría por los resultados del test, y me mandan al segundo nivel. Entro en el aula. Observo a la gente. Alexio, un turco retraído; está Hassan también, que sonríe feliz. Clementina, una colombiana mayor, de aspecto fútil. A mi lado hay un chico marroquí, hablando y hablando. Más allá un italiano gafitas de aspecto tímido, Mateo, y un chaval simpático, José Ignacio, de San Sebastián, con el que me enrollo a hablar en el descanso, que me promete para mañana un empleo en un restaurante español. Somos un grupo desastroso. Después de la clase vuelvo rápido a casa, la cena es a las 18:30.

Al día siguiente en clase hay un chico nuevo: Javier, de Salamanca, callado, que cuando descubre que soy español se abre y refiere problemas familiares. En el descanso, me presenta a una chica de Zamora que vive de *squatter* a unas calles del colegio, en Portobello. José Ignacio ha hablado con el encargado de Don Pepe al que conoce, y me ha citado para que le vaya a ver.

Por la mañana, un estudiante español y su profesor se presentan a ver la casa, pero tiene la sensatez de no quedarse. Me hubiera tocado compartir habitación. Tengo que andar, he engordado. Hassan y José no me entienden cuando les digo que aprecio la escasa comida de Mrs. Pray, sus platos son ricos, sabrosos, no grasientos. Por el contrario, es horrible lo que comemos los tres en un restaurante al que vamos, espaguetis imposibles de tragar, engrudo, necesito beber agua constantemente para pasar esta bola. En un kiosco leo que *Volver a empezar*, de José Luis Garci, ha ganado el Oscar al *Foreign Film*.

El lunes Javier, el salmantino, trae fruta de su trabajo. En casa de la Bruja cenamos a la carrera, ha de salir disparada a una conferencia en una iglesia. Cocinó un pastel de carne que ella no prueba. Hassan mira y huele el trozo de pastel de su plato, y pregunta si lleva cerdo, Mrs. Pray lo niega:

—Odio el cerdo, dentro tiene un gusano según me ha dicho mi hija, que es doctora. Los alemanes comen mucho cerdo, les gusta...

Y suelta una carcajada alocada. Le pregunto si es católica, arruga el morro, pero no responde. Le hago una pregunta distinta.

—¿Pertenece a la Iglesia de Inglaterra?

Se lo piensa y me lanza la respuesta, como se arroja un náufrago al flotador

—Sí, *Church of England*.

Por la mañana, en el desayuno, Mrs. Pray nos mete prisa, quiere que nos aseemos rápidamente, para poder limpiar la bañera cuanto antes e irse a un recado a 20 millas, ella siempre con sus secretos. En la cabeza me bulle la idea de un empleo. He venido a Inglaterra con dinero para aguantar un par de meses dedicado solo a estudiar, pero ahora tengo dudas. No quiero acomodarme y vivir sin hacer nada, tampoco quiero distraerme del objetivo que me ha impulsado a venir aquí: aprender inglés; pero el hecho de estar desocupado día tras día, no tener exámenes que pasar, solo estudiar y vivir, me desconcierta. Probaré con un trabajo. Acudo al restaurante Don Pepe y quedo con el encargado en comenzar mañana. Mis tareas parecen sencillas.

De regreso a la academia, desde la estación de Paddington donde hay muchas cabinas y no hay que esperar a que alguna se quede libre, llamo a Paco a Madrid. No puede hablar, me llamará tarde, cuando pueda. En clase, estoy inquieto, Hassan discute a gritos con una chica de Cádiz. Hay un moro muy atractivo, con un anillo en el dedo pulgar de la mano derecha, pasándole la mano por encima del hombro a Mateo, el gafitas italiano. Les observo fijamente y, de pronto, el árabe se percata de que les estoy mirando, él me devuelve la mirada, y vigila si yo continúo fijándome en ellos.

A la vuelta del colegio, justo cuando entro en casa, recibo la llamada de Paco, quiere venir en verano a Londres, me comprometo a encontrarle un colegio y alojamiento.

En cuanto cuelgo el teléfono, sin dejarme disfrutar de la noticia, Mrs. Pray, impaciente, nos llama para cenar. Habla y habla. Podría ser una excelente profesora de inglés para principiantes dada su enfática pronunciación. Hoy, sigue en su campaña de odio a los alemanes debido a una serie de recuerdos oscuros de la guerra, aquellos bombardeos de Londres, retumbando, y ella escondida abajo en el refugio:

—Pero les dimos bien duro. Y aún hoy. Y no gastaré un penique en un producto aleman, pudiendo comprar algo británico que es mucho mejor.

Estoy ausente, pensando que mañana iré a trabajar al restaurante. Preparo la ropa para la ocasión.

Formalito, desde las 10 de la mañana estoy en Don Pepe. Coloco sillas, pongo mesas, doblo servilletas. No hay clientes. Me aburro, pero aprendo cómo funcionan las quinielas. Permanezco horas y horas de pie. Pierdo la noción del tiempo, mientras fuera luce el sol; solo oigo hablar en gallego. Acudo a clase, donde bostezo y bostezo. A las 7 de la tarde vuelvo al restaurante otra vez, subo y bajo las escaleras veinte veces por minuto. Comida caliente. Cuando suena la campana bajo a por la comida y la subo. Cuando se desocupa una mesa, retiro lo usado y de un modo mecánico *la monto de nuevo*. Estoy sediento, como nunca antes. A

las 9, ya estoy roto. Los camareros me ayudan, me dan ánimos, todos se portan bien, excepto un tal Antonio, que me lleva a su lado para que vea cómo se sirve, y no me permite quedarme en un rincón mirando, *siempre hay que realiza algo*, *el cliente no debe verte parado*. Me hace servir el café en una mesa de cuatro ingleses. Me tiembla el pulso. Ellos se ríen. Me pongo más nervioso aún y derramo el café sobre el platillo. Dicen algo simpático supongo, pero estoy tan nervioso que solo sonrío. Me disgusta la situación.

Terminamos a las dos de la mañana, los pies hinchados, palpitantes, destrozado. Una sed enorme. Olor a cocina en la ropa: pantalones, camisa blanca, corbata negra y chaleco, tras un día en la fragua de Vulcano. A esta hora comenzamos a cenar, ya sin ganas, un pollo recalentado. Para volver a casa, *a ver qué excusa le doy a la vieja entrometida*, tomo un taxi, que me lleva 3 libras. Al final, la experiencia me sale por un ojo de la cara, he pagado dinero por trabajar. Estúpido. Maloliente. Agotado, me meto en la cama y duermo.

Es hora de mirar sin miedo

Me despierto el sábado y en ese momento decido no volver al restaurante. Luce el sol, no merece la pena cursar un intensivo de gallego, subir y bajar escaleras, romperme los pies y sudar por unas míseras libras. He venido a esta ciudad para aprender inglés, no el oficio de camarero. No es lo que busco, ni es el momento. Con esta luz, hay que empaparse de la ciudad, acudo a ver Buckingham Palace. Tomo el metro hasta Hyde Park Corner, cruzo Constitution Hill, curioseo entre la gente y presencio el cambio de Guardia de la Reina; camino por St James's Park Lake hasta llegar al callejón del 10 Downing St., el Big Ben, el Parlamento, con sus agujas de piedra, Westminster Abbey y Dean's Yard, luego a la Catedral de Westminster, y a la salida descanso comiendo en una hamburguesería; deambulo por Victoria Station, y ya recuperado me atrevo a cruzar Pimlico hasta Sloane Square, donde nace la maravillosa Kings Road.

Kings Road, un sábado a primera hora de la tarde, es una selva increíble de rostros hermosos, de atuendos y colores originales. Personajes extravagantes, bares de cócteles, columnas griegas del Partenón, salones *coiffeurs.* Punks paseando de la mano de *oldies* vestidos de violeta y corbatas malvas, elegantes niños de papá en descapotables, una jungla urbana artificial, ola de libertad reivindicada por niños ricos, sudistas salidos de la fiesta inicial de *Lo que el viento se llevó*, o vistiendo camisetas de James Dean. Cruzo el corazón de Chelsea. José y Hassan tienen una cita con unas chicas, me invitan, pero no voy.

En mi mente lleva rondando, toda la tarde, el recuerdo de dos muchachos rubios junto al estanque de patos, cogidos de los hombros por los brazos. Lucían hermosos al sol como girasoles o lirios. Giran en mi mente sin difuminarse, sólo veo sus sonrisas. Sus figuras tocándose se aferran a mí, soy incapaz de afrontarlas. Poseen una fuerza intensa e irresistible. Necesito descubrir qué quiero. Estoy aturdido por el brillo de esas imágenes. Es hora de asomarme sin miedo al espejo, enfrentarme a lo que hay dentro de mí, dar la cara de una vez y no huir. Aún no me

animo a arrancar la máscara impuesta por la educación, la religión y las convicciones; mi vida es un deseo lacerante por actuar de modo sincero, honesto, limpio, sin avergonzarme.

El viernes, tras varios días en los que, de modo reiterativo, acude a mi pensamiento esa pareja radiante de chicos cerca del estanque, a media tarde tomo el metro como un autómata. Día a día he leído en el periódico los anuncios de un cine en Euston Road, donde pasan películas porno *straight&gay*. Según avanza el convoy, para asegurarme, compruebo una vez más en el tabloide vespertino la dirección de esa sala de exhibición. Salgo en la estación de Kings Cross y bajo por Euston Road un buen trecho. No pienso, sigo un impulso interno que me conduce en un estado febril. Llego al cine. No hay ninguna cartelera, solo un programa en la pared con el número de las salas y un título obscuro en cada una de ellas. Me quedo bajo la marquesina. Tiemblo por dentro. Estoy indeciso. No sé si la mujer de la taquilla entenderá mi inglés, o si ni siquiera podré articular palabra. ¿Qué va a pensar? ¿De verdad me preocupa? ¿A quién demonios le importa? Hay cinco salas. Las cuatro primeras son proyecciones para heteros, la quinta es gay. ¿Para qué he venido desde tan lejos, desde Chelsea? ¿Voy a echarme para atrás a estas alturas? Estoy tonto. Tengo la boca seca. En realidad, ella está dentro de la taquilla para vender entradas.

Entro pensando que tras la puerta estaré en la misma Sodoma. La única luz proviene de la pantalla. Intento acostumbrarme, dentro de la sala me apercibo de que apenas hay seis o siete sombras. Busco una fila vacía, por la mitad. Delante de mí hay un tipo que mira continuamente a cada lado, como si quisiera observar todo a la vez, la pantalla y los espectadores sentados. Poco a poco mis ojos se acostumbran a la penumbra... En la pantalla un muchacho de veintitantos años, en un gimnasio, tras ejercitarse acude al vestuario. Cuerpo sudoroso, el pelo húmedo, tira la toalla sobre la bolsa de deporte, se sienta en un banco y se desnuda... Detrás de él viene otro musculoso, se estira, se miran un instante, y el recién llegado se dirige a la ducha, restregándose el sudor del vientre... Yo miro al tipo que está sentado delante de mí, que se gira.

El gimnasta desnudo observa al que se ducha... Mi vecino de butaca inquieto se levanta, me mira, mira la pantalla, se toca sobre el pantalón blanco y

avanza hasta la pantalla, bajo la cual atraviesa una discreta cortina negra. Como un resorte, más allá de la voluntad o la capacidad de decidir, impulsado por el deseo, me levanto, me acerco a la pantalla y cruzo la cortina.

Tras ella hay un pasillo que desemboca en una amplia sala de servicios, limpia y olor a desinfectante, primero unos lavabos, luego una serie de baños con puertas que no llegan hasta el suelo. El hombre no está a la vista, sin pensarlo, llevado por el instinto, voy hacia los baños, y empujo una puerta, y otra, y otra..., allí está de pie, orinando, se gira para verme y baja la mirada hacia su verga al aire, se agarra y me la exhibe. Está semi-erecto. Sale del baño pasando junto a mí, pero apenas me toca. Se acerca a lavarse las manos, y mientras se sube el pantalón blanco me mira y se aprieta el bulto. Con un gesto de la cabeza me indica que le siga hacia un cubículo al fondo. Entro tras él, intento besarle, pero retira el rostro; no quiere. Me baja la cabeza hasta la altura de su pantalón y restriega el bulto contra mi cara. Luego se baja el pantalón y el slip blancos y saca todo para dármelo en la boca. Poco antes de terminar, se retira y me pide que remate con las manos, que se me llenan a borbotones de su líquido pegajoso. Cuando recupera la respiración, me aparta y sale del baño. Hay dos hombres más en los servicios, mirándonos, recelosos. Él saca su verga de nuevo, la luce, se limpia, me mira y, sin gesto alguno, gira sobre sus talones y se va. Yo me lavo las manos, enjuago la boca y escupo el agua fresca. Tengo en la nariz un olor desagradable a piel íntima de otro. Vuelvo sobre mis pasos y regreso a la sala de cine. La cruzo a oscuras, mientras oigo los gemidos; con los destellos de la escena que transcurre en la pantalla observo al escaso público, sus caras, sus ojos que me miran, y salgo a la calle. Busco un metro con urgencia, necesito ducharme, quitarme este olor de encima, esta suciedad, limpiar mi culpa.